

ESE PUEBLO

Ese pueblo que se encuentra
escondido entre montañas,
rebotante de aires puros
y aromas de libertad.

Ese pueblo que se mece entre
almendros y oliveras,
y le llaman capital
de una sierra sin igual.

Ese pueblo olvidado,
entre frontera y frontera,
el esfuerzo de su gente
es su única bandera.

Ese pueblo, de camino
entre La Vall y Matet,
¡le llaman "Capitalica"!,
por algo tiene que ser.

Ese pueblo que al doblar
la curva de la revuelta,
un nudo se te apodera,
porque ya lo sientes cerca ...

Ese pueblo que al llegar
te saludan sus vecinos,
y te acogen con cariño
cual si fueras uno más ...

Y que al partir te despide
con su corazón en mano,
y te invita otro verano
a ese pueblo regresar.

Ese pueblo que al oír
el tañir de sus campanas,
para bien o para mal,
te estremecé las entrañas.

Ese pueblo con sus calles empinadas
sus estrechos callejones,
y tantos y tan preciosos
escondrijos y rincones.

Ese pueblo con su preciosa piscina
y su parque de Donace,
con su Rey majestuoso
vigilando su paraje.

Y ese pico de la abuela
que aunque es vieja no se cansa,
y una ermita con su Virgen,
¡Virgen de la Cueva Santa!

Ese pueblo que al subir a
lo alto del Calvario,
el paisaje que nos brinda
es lo más extraordinario.

Y ese aire de la Sierra,
tan limpio, tan puro, tan sano,
cuando respiras de él
robos horas a tus años.

Ese pueblo con sus picos
encrespados, con su Rápita genial,
y "Espadán" que da su nombre
a una Sierra colosal.

Y sus frescos manantiales,
de aguas tan conocidas,
son la sangre de la Sierra
para que ese pueblo viva.

Ese pueblo con su cueva del estuco y
su fuente de la Parra, Alcodori, La
Calzada, y una nevera moruna
donde las nieves guardara.

Y esas eras que sirvieron
antaño, para el grano separar,
son ahora plazas muertas
sin sudores que soportar.

Y esos bancales altivos
con sus ribazos perfectos,
pero cuántos soles soportados
piedra a piedra ... ¡cuánto esfuerzo!

Ese pueblo que venera
a su Cristo de La Sed,
y le reza sus plegarias
como prueba de su fe.

Ese Cristo milagroso
y no dudo que así fue,
hizo que, de un cielo limpio y
sereno, gotas de lluvia calmaran su
sed.

Ese pueblo también llora
por aquellos que se van,
aunque esparcen sus semillas
y vuelven a germinar.

Ese pueblo es ¡nuestro pueblo!,
para bien y para mal,
¿para qué decir su nombre,
si no existe un pueblo igual?

JOAQUIN SILVESTRE (QUIMET)